

Cuando la crisis global se instaló en mi hogar

Manuela Armendáriz Baeza
Primer lugar Chihuahua

Era mi vigésimo quinto día de las madres, mayo de 2007, y había escogido mi color preferido para mi nuevo coche. Me haría el regalo más esperado durante muchos años. Tenía más de ocho años trabajando como vendedora de autos nuevos en la agencia Ford llamada Chihuahua Motor's, S.A. de C.V., donde entregaba coches nuevos a mis clientes todos los días, y acariciaba la idea de entregármelo a mí misma algún día no muy lejano.

Siempre había disfrutado de modelos recientes y nuevos, pero siempre al gusto del cliente que me los vendía para comprarse uno nuevo, y tenía que adaptarme al color y marca que él había elegido, no me daba mi propio gusto, no estaba a mi alcance todavía.

Como yo trabajaba en esa agencia, pedí al encargado de logística que de la madrina guardaran el coche en la bodega y que nadie lo mostrara, ya que era para un cliente muy especial. Nunca mencioné que era mío, y así pude monitorearlo desde que lo enviaron de la armadora.

Me di a la tarea de buscar múltiples formas de pago, hasta que encontré la más adecuada para mi situación económica, que era bastante holgada en ese momento gracias a mi trabajo. Tomé el periodo más largo de crédito —que fueron cinco años—, sin pensar que la vida y la situación económica cambian en cualquier momento, que nadie nos puede asegurar que seguiremos igual ni siquiera durante un año, menos por cinco.

Esperé que llegara el día de las madres para entregármelo a mí misma. Mis compañeras me tomaron fotos como a cualquier cliente, y yo me sentía realizada. Era el primer regalo que realmente me gustaba y que recibía en un día de las madres, y me lo estaba haciendo yo misma. Cristalizaba uno de mis sueños en ese momento.

Salí muy contenta manejando mi nuevo auto, pasaría a mi casa a recoger a mi esposo y a mis hijos, para festejar el día de las madres con mi suegra, pues yo no tenía mamá desde hacía muchos años. Mis hijos estaban muy contentos, pero mi esposo parecía indiferente.

Cuando llegamos a la casa de mi suegra, donde estaban todos mis cuñados y mis concuñas, yo deseaba que mi esposo, por ser el que pertenecía a la familia, les presumiera lo que me había regalado yo en un día tan especial; creí que valía la pena. Pero no fue así. Lo estacionó lo suficientemente lejos, donde ni siquiera se percataron de su presencia. Permanecimos horas conviviendo, y cuando se terminó la reunión, ni siquiera se enteraron de que había coche nuevo en la familia. Eso sí, si lo hubiera comprado él, lo habría metido en la cochera y hubiera hecho lo necesario para que salieran a verlo todos. Me sentí triste y decepcionada; una vez más, mis esfuerzos por ser reconocida por mi esposo no eran suficientes. Al contrario, creo que le molestaba que yo tuviera capacidad y voluntad suficientes para lograr mis sueños.

Decía la madre Teresa de Calcuta que hay más hambre de reconocimiento que de pan, y es una gran verdad. Mi esposo nunca fue capaz de reconocerme un triunfo, y yo estaba ávida de que lo hiciera; quería que ese día todos se dieran cuenta de lo que yo era capaz, de que muchos logros en mi familia eran por mi gran esfuerzo y dedicación, pero mi esposo se encargaba de que todo pasara inadvertido.

Ese día nadie supo de mi nuevo triunfo. Se terminó la fiesta y nos fuimos a casa. Yo iba con un dejo de tristeza, no porque no se hubieran enterado de mi coche nuevo, sino porque no entendía el egoísmo de mi esposo. Me esforzaba en mis logros, quería sentirme reconocida, especialmente por él, no para que el vecino o el tío se dieran cuenta, sino para que él notara mi capacidad y mi esfuerzo, y así obtener una palabra o una sonrisa de aprobación de su parte, pero nunca lo logré.

Quería crear, entre él y yo, una mancuerna indestructible, en la que los dos lucháramos codo con codo sin meternos el pie para hacernos tropezar. Estaba totalmente convencida de que si uníamos esfuerzos, lograríamos no sólo lo material, sino una buena familia digna de Dios para habitar en este planeta y así impulsar y entregar a nuestro país mejores generaciones.

Hoy entiendo que su condición de hombre de la casa y cabeza de familia, machista por supuesto, no le permitían aceptar que yo, siendo mujer y madre de cinco hijos que educar, tuviera la capacidad e inteligencia para imponerme retos y alcanzar metas que involucraran todo mi esfuerzo y mi voluntad.

A mí me gustaba soñar, proyectar, fijarme objetivos que me permitieran abrir los ojos, levantarme con entusiasmo y sentirme impulsada por ese sueño por cumplir; siento que si no sueño, estoy vacía y nada me impulsa a dar el primer paso del día.

SUEÑOS CRISTALIZADOS

En ese mismo tiempo en que adquirí el compromiso de mi coche, también tenía la inquietud de cambiar de casa, y mi marido y yo nos habíamos puesto a ver diferentes opciones. Por esos días nos resolvieron la venta de una casa que nos había gustado mucho en la colonia San Felipe. Inmediatamente tramité mi crédito con una hipotecaria. Me lo otorgaron muy pronto, y antes de que terminara mayo, ya estábamos instalados en nuestra nueva casa mi familia y yo.

Él y yo habíamos acariciado este sueño durante muchos años. Me decía cómo quería su casa, y yo complementaba ese sueño, le poníamos un enorme jardín, la ubicábamos en diferentes lugares, pero la esencia era la misma. Soñábamos envejecer en esa hermosa casa que permanecía en nuestras mentes.

En mi mente tenía dibujada la casa de mis sueños y se había llegado el momento de cumplirlos. El día que entré a ese nuevo hogar

que sería mi refugio y el de mis hijos, tenía ganas de tirarme por los pisos, disfrutar su brillo y su color, quería rodar por las escaleras, sobre aquella hermosa madera con que estaban hechas y percibir su olor; quería abrazar los muros delicadamente decorados, encender las chimeneas aunque no hiciera frío por el solo placer de verlas brillar; quería fundirme con cada uno de sus adornos.

Por las noches me tiraba boca arriba en el piso del patio a observar el hermoso cielo lleno de estrellas, con aquellos muros altos que me daban la seguridad de que me encontraba sola en complicidad con el cielo entero y con Dios.

En el patio había un enorme asador delicadamente adornado con madera, y al lado, un hermoso bar con su cantina y decorado también en fina madera que invitaba a la soledad. Como yo era enemiga del alcohol y todo lo que incitara a fomentar este hábito, inmediatamente lo modifiqué en mi mente y lo convertí en una linda biblioteca donde yo pudiera dar rienda suelta a mis pensamientos escritos. Siempre había soñado con escribir, pero mi familia demandaba demasiado tiempo y no me había permitido esculpir este talento.

El corazón me palpitaba aceleradamente cuando regresaba del trabajo y abría las puertas de mi nuevo hogar y me internaba en él. El entusiasmo se apoderaba de mí y me incitaba a cocinar, a soñar y, cuando estaba sola, sin que nadie me viera, volvía a recorrer cada una de sus habitaciones y observaba cada detalle que las hacía verse hermosas. Los muebles que la adornaron fueron muy pocos y muy sencillos, pero no me importó, sabía que con el tiempo sería otro lujo que me podría dar, pero aun así, sin muebles, se veía hermosa.

Sentarme en el jardín y observar la estructura de sus potentes muros era sanador para mi alma, parecía que la habían construido pensando en mí. Era como si me hubieran preguntado cómo la había imaginado y, basándose en ese sueño, hubieran edificado cada uno de sus muros.

Había un enorme árbol en el jardín, y cada mañana, al amanecer, me paraba debajo de sus ramas sintiendo que me abrazaba con su grandeza, respiraba profundamente junto a él, recargándome de energía para el nuevo día.

Mi sueño, acariciado por tantos años, me duró poco, aún no me daba el permiso de rodarme por las escaleras ni de acariciar los muros, cuando aquella crisis, que aparentemente desembocó en noviembre de 2007, comenzaba a causar estragos no sólo en México, sino en todo el mundo y, por supuesto, se instaló en mi ciudad, y más vulnerable aún, en mi hogar, desequilibrando totalmente la economía familiar.

Se dice que la crisis global detonó en noviembre de 2007, pero puedo decir que fue el 11 de septiembre de 2001, cuando sobrevino el desastre de las torres gemelas. Yo tenía alrededor de tres años en la venta de autos, y recuerdo perfectamente que cuando esto sucedió, la economía se colapsó, las tasas de interés se quedaron en stand by; los créditos hipotecarios, automovilísticos, se detuvieron. No se sabía qué iba a suceder, las financieras tomaron sus precauciones y detuvieron los créditos. Había mucha incertidumbre sobre el valor del dinero y las tasas de interés, no se sabía si subirían o se mantendrían.

Me comprometí con un crédito a veinticinco años, y el instrumento de la deuda fueron las UDI. ¿Cuándo iba a terminar de pagar? ¡Nunca! La situación económica era muy buena. En Chihuahua había mucho poder adquisitivo, la venta de autos no paraba, cada vez se abrían más agencias de diferentes marcas, y la rebanada del pastel que nos tocaba cada vez era más chica, pero con todo y la competencia, la industria automotriz brillaba, y mi marca, Ford, era punta de lanza. Estaba tan metida en la piel de la gente, que compraba por generaciones enteras, transmitían la marca de una generación a otra, y acá en el norte, nuestra Ford Lobo, era como el pan y la leche de las tiendas de abarrotes.

También nuestras camionetas cerradas, llamadas *suv*, como la Explorer, Expedition, Escape y Ecosport, estaban muy bien posicionadas en el mercado y, por supuesto, los insuperables camiones para las empresas: “Nacidos Ford, nacidos fuertes”, hacían que nuestras ventas se conservaran en un nivel alto y nos ofrecieran a los vendedores la oportunidad de mantener muy buen récord de ventas y nivel de ingresos.

Además, Ford invertía cada vez más en tecnología de punta para sus vehículos y se mantenía a la vanguardia; mucha tecnología era comparable a la del Volvo, Audi, etc. Así que, sin pensarlo mucho, adquirí dos compromisos muy fuertes, dando por hecho que mi situación económica se mantendría.

Nuestros hijos, que son cinco, todos estaban estudiando y ese era otro gasto muy fuerte. Por parte de mi esposo no hubo ninguna palabra de compromiso, por lo menos para nuestra casa. Las mensualidades empezaron a correr, y parecía que vencían cada semana.

Los meses transcurrieron. Constantemente yo figuraba en los primeros lugares de ventas. Aún recuerdo con exactitud noviembre de 2007, fue mi último mes excelente, en que aparecí como mejor vendedora en aquel tablero. Resultó ser un mes muy difícil, porque la incertidumbre sobre la economía empezaba a rondar a mis clientes. Se decían muchas cosas respecto a la economía mundial, no sólo del país, y muchos decidieron no comprometerse a largo plazo.

Cerré mi mes bien, aunque podría haberlo cerrado mejor de no haber sido por un hecho que empezaba a crear pánico entre la gente y los empresarios y corría como reguero de pólvora: se decía que cerrarían empresas, que vendrían recortes masivos de personal, y las personas fueron víctimas de una incertidumbre que los atemorizaba y no les permitía tomar decisiones a largo plazo.

Llegó el mes más esperado por los vendedores: diciembre, en el que cobijamos las mejores expectativas. Sabemos que en esas

fechas todo mundo quiere y tiene la posibilidad de cambiar su coche y su casa; los aguinaldos cumplen los sueños de miles de personas, y las ventas de autos en este mes realmente son altas.

En los primeros días la agencia estuvo tranquila, empezaba a preocuparnos, pero justificábamos la situación pensando que la gente estaría esperando el aguinaldo. Y aunque así fuera, generalmente hacían con anticipación sus trámites de crédito, para no andar batallando por los colores y las versiones de los vehículos, y nos extrañaba que los días avanzaran, y el mes se vislumbrara como si fuera un mes cualquiera.

Comenzaron las caídas de las ventas. Los ajustes de personal en las empresas se extendieron, se decían muchas cosas acerca de la economía mundial, y la incertidumbre de los empleos era cada vez más angustiante.

Fue inevitable el cierre de cientos de empresas, el desempleo hacía presa de las familias, la austeridad se presentó en cada hogar y, por lo tanto, también en el mío, ya que mi esposo y yo nos dedicábamos a vender autos.

Con mis hijos sucedió lo mismo. Los tres mayores estaban entre los veinte y los veintiséis años, y en 2008 los jóvenes se convirtieron en la generación marcada. La crisis desencadenó un aumento masivo de desempleo juvenil con sus respectivas consecuencias y carencias económicas.

A nadie le sonará nuevo el desastre ocurrido en 2008 en el sector del automóvil. Las caídas, que llegaban al cincuenta por ciento, provocaron muchos problemas a los concesionarios, fabricantes y trabajadores. En diciembre cerró la planta armadora de Cuautitlán Izcalli, Estado de México, y dejó sin empleo a numerosas familias. Este hecho nos afectó como una ola, también los vendedores de autos resultamos afectados porque la producción bajó, y el costo de los vehículos que se armaban en esa planta encareció.

Pese al acuerdo con el gobierno, en enero de 2008 subieron en un buen porcentaje los vehículos más chicos, que fueron los que

se convirtieron en nuestras mejores ventas al elevarse los costos de la gasolina, la electricidad, etcétera.

La falta de pago en las financieras no se hizo esperar; empezaron a cerrar y perdimos para los clientes gran cantidad de opciones de pago, con excelentes tasas de interés. Algunos bancos dejaron de otorgar créditos, automovilísticos y de cualquier tipo, pero a mí sólo me interesaban los primeros. Fueron muy pocas las financieras que permanecieron, y con esto las condiciones de crédito se pusieron más difíciles, y las tasas de interés, más altas.

El pánico no se hizo esperar. Ese año miles de personas no estrenaron vehículo, incluidos los empresarios, pues no tenían la certeza de conservar sus empleos ni sus empresas. El resultado se dejaba ver muy claramente. A diario se divulgaba en las noticias el cierre de cientos de negocios pequeños, y grandes y medianas empresas.

Las consecuencias nos fueron afectando a todos en cadena, no sólo al dueño de la empresa, sino a la gente que laboraba en ella, a los proveedores que abastecían las necesidades de la misma y, entre ellos, me cuento yo. Cada vez que un empresario cerraba, era un cliente potencial que ya no necesitaría vehículos ni para uso personal ni para servicio a sus clientes.

En mi recibo de nómina se reflejaba el resultado de esta catastrófica crisis, que a su vez rebotaba en la financiera donde pagaba la mensualidad de mi coche mes a mes y en el banco donde abonaba lo de mi casa.

Los retrasos en el pago de las deudas empezaron a acumularse. Las llamadas de los bancos y de la financiera me despertaban cada amanecer, sobresaltando a toda la familia; los latidos de mi corazón se aceleraban con cada timbrado. Las amenazas de los que hacían las llamadas eran cada vez más groseras y altaneras.

Los clientes arremetían contra nosotros, los vendedores, y se quejaban de lo majaderos que eran los encargados de recordarles

los vencimientos por parte de las financieras y las injustas amenazas constantes que lanzaban en cada llamada.

En lo familiar, se erizaba la piel al pensar en las deudas adquiridas, los pagos de las escuelas, el gasto familiar, los recibos del agua, la luz, el teléfono, etc. Y si encima se tenía algún imprevisto, como algún accidente o enfermedad, la desesperación, frustración e impotencia nos invadían a todos.

La canasta básica subió también en gran porcentaje y provocó pánico en mi hogar. Éramos siete de familia, e ir al súper requería de una buena suma de dinero que nos permitiera surtir la despensa y cubrir nuestras necesidades alimentarias, por lo menos durante una semana; cada vez, con el mismo dinero, llenábamos menos el carrito.

La ansiedad y el estrés nos dominaban a mi esposo y a mí, pues nos dábamos cuenta de que el alimento no era suficiente, y ni qué decir del pago de los servicios indispensables en mi hogar que eran cada vez más caros.

El temor nos vencía a los dos. Empezamos a vender pequeños bienes, como los carros en que se trasladaban nuestros hijos más grandes a la escuela, para cubrir las mensualidades vencidas tanto de la casa como del coche, pero deudas de esa magnitud no se solucionan de esa manera. Sabíamos de antemano que podíamos terminar hasta con los muebles indispensables de la casa y no alcanzaríamos los vencimientos de las deudas nunca. Nos manteníamos en constante tensión, cada día que pasaba acercaba más el nuevo vencimiento, y la ansiedad era recurrente y se había convertido en una forma de vida normal.

Habíamos acariciado por tantos años este sueño, que el día que lo vimos convertido en realidad, nos resultaba muy difícil soltarlo. Además es la condición humana, somos muy metalizados, y el día que logramos un bien material, nos resulta muy difícil soltarlo, nos apegamos demasiado sin darnos cuenta de que nos roba la paz espiritual.

Nos resultaba muy difícil dar marcha atrás a estos compromisos por el qué dirán de la gente y de la familia, pero sobre todo por nuestros hijos. No queríamos que nos vieran vencidos por una crisis mundial que había entrado de una manera tan severa a nuestro hogar.

¿Cómo explicarles que no éramos capaces de sacar adelante esas deudas que nos habían permitido ofrecerles una mejor forma de vida, más satisfactoria, con más comodidades?

¿Cómo explicarles que nos habíamos equivocado, que no habíamos calculado bien y que la situación económica nos obligaba a dar marcha atrás en el paso que habíamos dado para ofrecerles un mejor hogar? ¿Cómo dejarles esa enseñanza de que se puede ir por la vida adquiriendo compromisos y después deshacerse de ellos porque no se pudo cumplir? Yo, como madre, y él, como padre, nos sentíamos muy avergonzados.

Pero tuvimos que tomar otra decisión importante en nuestras vidas. Traspasamos los créditos para lograr un poco de paz, con la esperanza de subsanar esta gran caída. Dimos por hecho que al traspasar nuestra casa le rascaríamos un poquito al capital para abrir un negocio propio. Renunciamos a nuestros empleos, que ya no eran tan remunerables, y con el excedente del traspaso empezamos de cero.

El tiempo que tardamos en negociar los créditos fue muy doloroso y muy difícil. Con todo lo que sucedía por la crisis global que se había desatado, nadie quería comprometerse con créditos como los de nosotros. Con la incertidumbre sobre la economía y la poca permanencia de las empresas, el temor estaba presente.

Mientras esperábamos que apareciera el cliente idóneo para este tipo de crédito, con la solvencia necesaria, la desesperación y la necesidad se apoderaban de nosotros. Nunca tuvimos la precaución de ahorrar, y al renunciar a nuestros empleos pensando en que pronto lograríamos el traspaso de nuestra casa y que

podríamos tomar una parte para nuestro negocio, pasamos por una situación verdaderamente humillante.

Había días en que no teníamos ni la cucharada de azúcar para el café que constantemente nos acompañaba en nuestros largos silencios mutuos. Eran días tormentosos en los que los dos nos culpábamos en silencio por haber renunciado en un momento tan difícil, pensando que rápido abríamos nuestro negocio y así resolveríamos nuestra situación.

Sigo pensando que fue la mejor decisión que pudimos haber tomado: traspasar los créditos. Dolía mucho saber que nuestro sueño lo habíamos hecho realidad en el peor de los momentos. No imaginamos que una crisis mundial terminaría enterrando no sólo nuestros sueños, sino los de muchas familias como nosotros.

Y así como esta crisis arrasó con toda mi familia, lastimando las fibras más sensibles, así pasó por muchos hogares y dejó diferentes desastres.

Recuerdo un caso muy especial, ya que le sucedió a uno de mis compañeros de trabajo, empleado externo de la agencia Ford para la que yo trabajaba. Cuando la situación empezó a ser apremiante en la empresa, optaron por reducir el personal. En cada área donde se podía prescindir de alguien, lo hacían.

A este compañero sólo le anunciaron que reducirían su sueldo, pero que conservaría su trabajo. Con el sueldo que tenía, ya era difícil su situación, por lo que la noticia de que su sueldo se recortaría más, le causó un impacto que no pudo manejar ni superar y que lo sumió en una depresión muy grave, ya que sus compromisos eran fuertes.

A los pocos días, la situación lo orilló a tomar la decisión equivocada. Consiguió una pistola y, en la banca de un parque solitario, al oscurecer, se dio un tiro en la cabeza que terminaría con su vida y, aparentemente, con todos sus problemas económicos. ¡Una verdadera falacia!

A veces pensamos: ¿por tan poco se quitó la vida? No entendemos que cuando la situación llega a su límite, se nubla el pensamiento, la razón se atrofia y no permite pensar con claridad. Constantemente se sabía de algún empresario que no soportaba la crisis y también decidía suicidarse. Y no nada más empresarios, también cabezas de familia, hombre o mujer, que no supieron resolver la situación y optaron por este camino. En lo personal, llegué a pensarlo muchas veces.

Pensaba con frialdad: si muero, la casa y el auto se pagan automáticamente y se dan por terminados los adeudos. Libero a todos de estos compromisos y, además, les dejo algo de herencia. Claro, a costa de mi propia vida, pensando como siempre en lo material y haciendo a un lado lo espiritual. ¡Cuánto iba yo a empobrecer el concepto de la vida y a devaluar el espíritu de lucha que me tocaba sembrar en cada uno de mis hijos!

La angustia me robaba el sueño, no había marcha atrás. Empecé a vivir en una vorágine de estrés muy desgastante, el adeudo por la casa y el coche superaban por mucho mis ingresos después de la crisis.

Además, la educación de mis hijos no la podía detener. Una depresión descomunal se apoderó de mí, vivía en una neurosis imposible de disimular; mi actitud y mi rostro reflejaban ansiedad. Empecé a ver a mi marido como un incompetente, la comunicación entre nosotros, que ya estaba muy deteriorada, se redujo a un silencio sepulcral.

Ni él se atrevía a reclamar ni yo tampoco; nuestras actitudes y miradas lo decían todo. Nuestros hijos pasaron a ser víctimas de nuestra impotencia y de nuestra frustración, y a nadie le gusta vivir con dos neuróticos.

La situación pudo más que yo, y para el siguiente 10 de mayo, yo ya estaba divorciada. La crisis hizo explotar en mí la frustración de no poder con los compromisos, y al ver que mi marido tampoco podía, y que no encontraba en él apoyo económico ni

moral, me sentí sola en el mundo con una gran responsabilidad imposible de sacar adelante.

Estábamos muy enojados el uno con el otro por no ser capaces de seguir cumpliendo con la educación de nuestros hijos y su alimentación.

Con el divorcio, mi vida y la de mis hijos dio un giro de 180° en varios aspectos. Los pleitos y actitudes desagradables, mías y de mi esposo, terminaron. Se empezó a respirar un ambiente más cordial y agradable en mi hogar cuando él ya no estuvo en casa.

Emocionada con mi nuevo estado de libertad, reestructuré mi vida, proyecté nuevos sueños. No puedo negar que tenía un miedo muy grande porque de ahora en adelante toda la responsabilidad de mis hijos, pequeñas deudas que teníamos los dos y el costo de vivir, se convertía en exclusivamente mía.

Estaba consciente de que empezaba de cero y sola.

No obstante, me sentía llena de energía y de una gran voluntad para levantarme. Resultaba muy pesada la carga, pero la libertad de pensamiento y de acción me hacían sentir muy fuerte; sabía que si lo podía soñar, también lo podía lograr, y me di a la tarea de volver a empezar.

CRISIS GLOBAL Y VIOLENCIA

Al estallar la crisis en México, trajo consigo una psicosis brutal en mi ciudad, Chihuahua, que desencadenó también una enorme ola de violencia que nos hizo entrar en pánico a todos los ciudadanos.

Empezaron los asesinatos, los secuestros de grandes empresarios, de hijos de empresarios, los robos de autos, los robos a la pequeña y mediana empresa que se convirtieron en una forma de vida en la ciudad, el estado y el país.

Lo mismo bajaban a un gran empresario de un BMW o de un Mercedes, que a un trabajador de oficina de un Neón

con engomado. La lucha por la supervivencia se había mezclado con esa ola de violencia y abuso, y algunos de los que carecían de un empleo para subsistir cometieron fechorías de diferente magnitud.

Los asesinatos masivos e individuales estaban a la orden del día, no pasaban dos horas sin que sucediera algún atropello o asesinato. Hoy en día las estadísticas pueden confirmar que hay en nuestro país miles de familias desmembradas, víctimas de esta ola de violencia y de la crisis mundial.

Con una desfachatez increíble, constantemente se veían personas en plena avenida Universidad, pulmón de nuestra ciudad, desplegando mantas con amenazas; dejaban cuerpos sin vida en lugares de mucha afluencia vehicular y se cometían asesinatos de familias enteras a plena luz del día sin ningún escrúpulo.

La ausencia de valores y principios morales se dejó ver de forma descomunal; se ha podido percibir de forma muy clara una gran ausencia de Dios.

¿Y qué actitud tomar con nuestros hijos que apenas alcanzaban su edad adolescente? Estábamos acostumbrados a transitar por nuestra ciudad con toda tranquilidad, sin temor de ser asaltados, secuestrados, agredidos o alcanzados por una bala perdida en algún atraco, sólo por encontrarnos en el lugar y el momento inadecuado.

¿Cómo explicar que había llegado el momento de resguardarnos, de ver con más profundidad y responsabilidad por nuestra seguridad personal? ¿Cómo hacer entender a un joven que está en plena transición a la juventud, en pleno despertar a la edad adulta, que nuestra libertad había sido coartada, y que si continuábamos viviendo con esa misma libertad y desenfado estaban en peligro nuestras vidas?

Los padres de familia de jóvenes que deseaban salir con amigos a algún antro o fiesta empezamos a vivir un pánico indescriptible, a mí en lo personal me creaba una inseguridad e incertidumbre no tener la certeza de que mis hijos iban a regresar sanos y salvos.

De mis cinco hijos, tres alcanzaron a vivir su despertar a la juventud en un ambiente agradable y hasta cierto punto tranquilo, se encontraban ya en una etapa de madurez cuando se desató esta violencia, por lo que pudieron establecer la diferencia entre una etapa y otra.

En cambio, para mis dos hijos pequeños, que iniciaron su adolescencia en estos tiempos mutantes de la libertad, la vida fue diferente, tanto para ellos como para nosotros, los padres, responsables de estas vidas que Dios nos encomendó.

Empezó el estira y afloja entre ellos y yo, pues ya estaba divorciada y no contaba con el apoyo de mi esposo. Los días en que les dejaban tareas por cumplir y tenían que trasladarse con otros compañeros eran tormentosos, porque si el trabajo no me permitía llevarlos y traerlos, me ponían en una situación muy difícil, por demás estresante, tan importante y necesario era velar por su seguridad como por el trabajo que me aseguraba el alimento y su educación.

Otro problema que se hizo muy evidente fue la convivencia de los jóvenes en alguna novatada o posada navideña, los padres de familia no sabíamos cómo proteger a nuestros hijos de algún imprevisto involuntario que lastimara su vida o trastocara su integridad.

Los pleitos no se hacían esperar. Ellos querían seguir teniendo libertad, y yo trataba de impedir que salieran e hicieran una vida normal, pues estaba en la constante incertidumbre de que conservaran su vida.

Al principio de esta ola de violencia, se escuchaba en los noticieros y se veía en los periódicos una gran cantidad de muertes que nos asombraban, pero a la vez descansábamos al comprobar que no se trataba de alguno de la familia o alguien cercano. Esto no duró mucho. Al poco tiempo empezamos a vivir este desmembramiento de familias muy cercanas a nosotros.

Primero conocidos muy cercanos, después compañeros de trabajo, compañeros de escuela de nuestros hijos, y la violencia se fue acercando más a nuestras familias, y resultaron afectados primos,

tíos, cuñados... Hasta hoy, doy gracias a Dios de que aún puedo contar a mis cinco hijos, pero para mí ha sido muy desgastante tener cinco tiros al blanco.

Los cinco tienen un trabajo y, por lo tanto, significa un riesgo trasladarse cada día al mismo; pero también los estudiantes, y las amas de casa, todo en esta ciudad, en este país, significa un riesgo, ya que en cualquier momento puede darse un atraco en tu calle, en el súper, en la avenida que vienes recorriendo.

No sabes en qué momento te apuntarán con una pistola y te bajarán de tu carro. También es peligrosa la reacción que tengas en un acontecimiento de esta magnitud; si tienes suficiente sangre fría como para entregar las llaves sin objetar, o si el miedo y los nervios te traicionan y reaccionas en tu contra.

Sin hacerme consciente de cuánto tiempo había pasado en ese estado de letargia, me di a la tarea de hacer una remembranza de mi vida. Me di cuenta de que habían pasado cinco largos años en esta terrible depresión. Los seres humanos somos criaturas con una gran capacidad de adaptación y de sufrimiento, que si no la hacemos consciente, podemos vivir por décadas enteras en la misma situación, llámese relación de pareja, de trabajo, de amistad o, como en este caso, inmersos en una crisis global como la actual, sin darnos permiso de vivir para nosotros.

Un buen día, iluminada por el Creador de este universo, tomé la decisión de dejar fuera de mi vida todos esos miedos que me invadían. Había llegado el momento de arrancar de mi ser el monstruo del temor que había encarnado en mi piel sin piedad, pues no era posible seguir en esa vorágine de horror.

EL PLACER DE RESURGIR

Por enésima ocasión, volví a tomar aire para empezar de nuevo. Iniciaría la última carrera de mi vida. Estaba acostumbrada

a levantarme aunque la caída hubiera sido hasta lo más profundo, y a salir triunfante sacando la casta con mucha voluntad y esfuerzo.

Había llegado el momento de tomar una decisión importante en mi vida, estaba muy consciente de que era mi última oportunidad y debía ser muy acertada. Una mala decisión o una equivocación a estas alturas significaba vivir bien o vivir mal el resto de mi existencia, sobre todo económica y espiritualmente.

Decidí buscar un trabajo que cumpliera con todas mis expectativas económicas y de crecimiento personal e intelectual, con la firme convicción de que ya me estaba esperando. Se lo había pedido a Dios por más de dos años, y se lo pedí con determinadas características. Mi experiencia de vida me había regalado el placer de elegir, y lo estaba poniendo en práctica.

En mi búsqueda experimenté el displacer de no hacer clic con ciertos trabajos o empresas, de no embonar o lograr empatía. Un buen día vi un anuncio donde requerían personas para ocupar el puesto de ejecutivo de ventas, que es mi debilidad, con un perfil muy determinado que yo no cumplía; sin embargo, sentí que eso era lo mío, que era lo que yo estaba buscando.

Con la tristeza de saber que no satisfacía con lo requerido, me atreví a enviar mi currículum. Estoy acostumbrada a derribar barreras y a imponerme retos que para cualquier otra persona serían limitantes; no me daba por vencida tan fácilmente.

A la semana me llamaron para entrevista. Sabía que eso era lo que necesitaba, una entrevista personal y lo demás correría por mi cuenta. Empecé con examen tras examen, una y otra entrevista, hasta que logré quedarme.

La capacitación para este trabajo me costó lágrimas porque no habría sueldo hasta que cumpliera con determinados estándares de conocimiento y entrenamiento. Hubo ocasiones en que regresé a mi casa llorando porque sabía que no había ni una tortilla en

la mesa, y mi carro no tenía gasolina para ir con los clientes que tenía que visitar ese día.

Pero entendía que las cosas que realmente valen la pena en la vida cuestan lágrimas de sangre, y estaba dispuesta a pagar el precio. Mientras más profunda era la caída, más victoriosa me sentiría al ponerme de pie.

Como yo le había pedido a Dios este regalo de la vida —aunque ya me había dado tantos, como el privilegio de tener a cada uno de mis hijos y tenerlos presentes—, no se midió al escuchar mi petición. Me colocó en uno de los mejores trabajos, con mayor satisfacción para mí, pues me dedico a proteger familias, y me puso a una gran persona como jefa, con un gran corazón y un gran sentido humano.

Sé que sin esta persona no hubiera podido subsistir en el afán de conseguir este trabajo. Obtuve de ella un gran apoyo en uno de los momentos más difíciles de mi vida, y en el que había caído en la crisis más profunda, económica y emocional, y con la gran responsabilidad de dos hijos aún pequeños que todavía no terminaban de estudiar.

Empecé a trabajar con mucho amor, pero a la vez con cierto miedo de no cumplir con las expectativas de la empresa y de mi hogar. Sin embargo, estaba totalmente convencida de que éste era el trabajo al que dedicaría los últimos años de mi vida, así que tenía que hacerlo como si fuera mi deporte favorito y disfrutarlo como tal.

Hoy estoy reconstruyendo mi vida y mi economía paso a paso, como un bebé en sus inicios, pero con una conciencia enriquecida, agradecida con la vida y con Dios por haberme dado la oportunidad de caer hasta lo más profundo y la posibilidad de resurgir con más entereza, con más coraje, y con un despertar espiritual que me permite vivir una reconciliación conmigo misma.

La luz del sol me despierta y me llena de entusiasmo y energía para recordarme que nunca es tarde para volver a empezar.

Se puede caer muy profundo, pero que lo que realmente vale la pena es tener el valor de sacar la casta y dotarse de fortaleza para levantarse de nuevo. Hay que vivir cada día como si fuera el último de tu vida, al máximo, consciente de que cada despertar es una bendición.